

CAPÍTULO III

La mentalidad revolucionaria y la mentalidad criminal.

§ 1.—LA MENTALIDAD REVOLUCIONARIA.

Acabamos de observar que los elementos místicos son uno de los componentes del alma jacobina. Vamos á verles entrar todavía en otra forma de mentalidad con bastante claridad definida: La mentalidad revolucionaria.

Las sociedades de cada época han contenido siempre cierto número de espíritus inquietos, inestables y descontentos, prestos á declararse insurgentes contra cualquier orden de cosas establecido. Obran por el simple gusto de la revuelta, y si un poder mágico realizase sin ninguna restricción sus deseos, aún se sublevarían.

Esta mentalidad especial resulta á menudo de un defecto de adaptación del individuo á su medio ó de un exceso de misticismo, pero puede ser también una cuestión de temperamento y provenir de perturbaciones patológicas.

La necesidad de insurrección presenta grados de intensidad muy diversos: desde el simple descontento manifestado por palabras contra los hombres y las cosas, hasta la necesidad de destruirlas. A veces

el individuo vuelve contra él mismo el furor revolucionario, que no puede ejercitar de otra manera. Rusia está llena de esos arrebatados que, no contentos con los incendios y las bombas lanzadas al azar entre la multitud, acaban como los skopzis y otros miembros de sectas análogas, por mutilarse ellos mismos.

Esos perpetuos insurgentes son generalmente seres sugestionables cuya alma mística está obsesionada por ideas fijas. Á pesar de la energía aparente que parece indicar sus actos, tienen un carácter débil, y son incapaces de dominarse lo bastante para resistir á los impulsos que les gobiernan. El espíritu místico de que se hallan animados, sirve de pretexto á sus violencias, y les hace considerarse como grandes reformadores.

En tiempo normal, los insurgentes que cada sociedad encierra, están contenidos por las leyes; el medio, en una palabra, por todos los frenos sociales, y no tienen influencia. Llegan á ser entonces los agitadores titulares de los movimientos. Poco les importa el motivo de la revolución; se dejarán matar indiferentemente para conquistar la bandera roja, la bandera blanca ó la liberación del país de que vagamente oyeron hablar.

El espíritu revolucionario no está impelido siempre á extremos que lo hagan peligroso. Cuando en lugar de derivar de impulsos afectivos ó místicos, tiene un origen intelectual, puede llegar á ser una fuente de progreso. Gracias á estos espíritus, bastante independientes para ser intelectualmente revolucionarios, logra una revolución sustraerse al yugo de las tradiciones y de la costumbre cuando es demasiado pesado. Las ciencias, las artes, la industria, han progresado por ellos principalmente.

Galileo, Lavoisier, Darwin, Pasteur, fueron revolucionarios.

Si no es necesario para un pueblo poseer muchos espíritus semejantes, le es indispensable contar con algunos. Sin ellos todavía habitaría el hombre en las primitivas cavernas.

La audacia revolucionaria que pone en el camino de los descubrimientos, implica muy raras facultades. Necesita, sobre todo, una independencia espiritual suficiente para librarse de la influencia de las opiniones corrientes, y un juicio que permita apoderarse, bajo analogías superficiales, las cualidades que disimulan. Esta forma de espíritu revolucionario es creadora, mientras que la examinada más arriba es destructora.

La mentalidad revolucionaria podría, pues, ser comparada á ciertos estados fisiológicos en la vida del individuo, pero que, exagerados, toman siempre una forma patológica muy perjudicial.

§ 2.—LA MENTALIDAD CRIMINAL.

Todas las sociedades civilizadas arrastran fatalmente tras ellas un residuo de degenerados, de inadaptados, atacados por vicios variados. Vagabundos, mendigos, ladrones, asesinos, desvalidos, viviendo al día, constituyen la población criminal de las grandes ciudades. En los períodos ordinarios, estos detritus de civilización están casi contenidos por la policía y los gendarmes. Durante las revoluciones, sin nada que los contenga, pueden ejercer fácilmente sus instintos asesinos y de rapiña. En estos grupos, los revolucionarios de todos los tiempos están seguros de hallar soldados. Ávidos solamente de entregarse al pillaje y al asesinato,

poco les importa la causa á defender. Si las probabilidades de asesinato y de pillaje son más numerosas en el partido combatido, pronto cambiarán de bandera.

A estos criminales, propiamente dichos, plaga incurable de todas las sociedades, debe unirse también la categoría de los semicriminales. Malhechores de ocasión, no se sublevan nunca cuando el temor al orden establecido se mantiene, pero se unirán á las bandas revolucionarias en cuanto este orden se debilita.

Estas dos categorías, criminales habituales y criminales de ocasión, forman un ejército de desorden, apto sólo para el desorden. Todos los revolucionarios, todos los fundadores de ligas religiosas ó políticas, se han apoyado constantemente sobre él.

Ya hemos dicho que estas gentes, de mentalidad criminal, ejercieron una influencia considerable durante la Revolución francesa. Ciertos historiadores nos hablan con una especie de respeto de las voluntades que el pueblo soberano llevaba á la Convención, invadiendo la sala armado de picas, cuyos extremos aparecían algunas veces adornados con las cabezas recientemente cortadas. Si se analizasen los elementos de que se componían entonces aquellas pretendidas delegaciones del pueblo soberano, se apreciaría que al lado de un reducido número de almas sencillas, sufriendo los impulsos de los agitadores, la masa estaba formada principalmente de los bandidos de que acabo de hablar. A ellos se deben los asesinatos innumerables entre los cuales los de Septiembre y el de la princesa Lamballe, constituyen los tipos.

Hicieron temblar á todas las grandes asambleas,

de la Constituyente á la Convención, y durante diez años contribuyeron á asolar la Francia. Si, por un milagro, el ejército de los criminales hubiera podido ser eliminado, la marcha de la Revolución hubiera sido muy diferente. La ensangrentaron desde su aurora hasta su declinar. La razón nada puede sobre ellos, y ellos pueden mucho contra ella.

CAPÍTULO IV

Psicología de las multitudes revolucionarias.

§ 1.—CARACTERES DE LAS MULTITUDES.

Cualquiera que sean sus orígenes, las revoluciones no producen sus efectos sino hasta después de haber penetrado en el alma de las multitudes. Representan, pues, una consecuencia de la psicología de las multitudes.

Aun habiendo estudiado con amplitud en otra obra la psicología colectiva, me veo obligado á recordar aquí las leyes principales.

El hombre que forma parte de una multitud, difiere en mucho del mismo hombre aislado. Su individualidad consciente se esfuma en la personalidad inconsciente de la multitud.

No es absolutamente necesario un contacto material para dar al individuo la mentalidad de una multitud. Pasiones y sentimientos comunes, provocados por ciertos acontecimientos, bastan á menudo para crearla.

El alma colectiva formada momentáneamente, representa un conjunto muy especial. Su característica principal es hallarse dominada por completo por elementos inconscientes, sometidos á una lógica particular: la lógica colectiva.

Entre las otras características de las multitudes es preciso mencionar todavía su credulidad infinita, su sensibilidad exagerada, la imprevisión y la incapacidad á dejarse influenciar por un razonamiento. La afirmación, el contagio, la repetición y el prestigio constituyen casi los únicos medios de persuasión. Ningún efecto tienen ni las realidades ni las experiencias. A la multitud puede hacersele admitir todo; nada es imposible á sus ojos.

En razón de la extrema sensibilidad de las multitudes, sus sentimientos, buenos ó malos, están siempre exagerados. Esta exageración todavía aumenta en épocas de revolución. La menor excitación conduce entonces á las multitudes á una actuación furiosa. Su credulidad, tan grande ya en estado normal, aumenta igualmente; acéptanse las más inverosímiles historias. Arturo Young cuenta que, visitando unas fuentes cerca de Clermont, en la época de la Revolución, su guía fué detenido por el pueblo persuadido éste de que venía por orden de la reina para acabar con la ciudad. Circulaban entonces las historias más horribles sobre la familia real, considerada como una reunión de vampiros.

Esos diversos caracteres muestran que el hombre en multitud desciende mucho en la escala de la civilización. Convertido en un bárbaro, manifiesta defectos y virtudes; violencias momentáneas, como también entusiasmos y heroísmos. En el dominio intelectual, una multitud es siempre inferior al hombre aislado. En el dominio moral y sentimental, puede superarle. Una multitud realizaría tan fácilmente un crimen como un acto de abnegación.

Esfumándose en las multitudes los caracteres personales, su acción es considerable sobre los in-

dividuos de que están formadas. El avaro se convierte en pródigo, el escéptico en creyente, el honrado en criminal, el tímido en héroe. Los casos de tales transformaciones abundan durante nuestra Revolución.

Formando parte de un Jurado ó de un Parlamento, el hombre colectivo emite veredictos ó vota leyes, en las cuales no hubiera ni soñado en estado de aislamiento.

Una de las consecuencias más marcadas de la influencia de una colectividad sobre los individuos que la componen, es la unificación de sus sentimientos y de sus voluntades. Esta unidad psicológica proporciona á las multitudes una gran fuerza.

La formación de una tal unidad mental resulta sobre todo de que en una multitud, sentimientos, gestos y acciones, son en extremo contagiosos. Las aclamaciones de odio, de furor ó de amor, son aprobadas y repetidas inmediatamente.

¿Cómo nacen esta voluntad y estos sentimientos comunes? Se propagan por contagio. Pero es necesario un punto de partida para crear este contagio. El agitador, cuya acción en los movimientos revolucionarios pronto examinaremos, desempeña este papel. Sin agitador, la multitud es un ser amorfo, incapaz de acción.

El conocimiento de las leyes que guían la psicología de las multitudes es indispensable para interpretar los acontecimientos de nuestra Revolución, comprender la conducta de las asambleas revolucionarias y las transformaciones singulares de los hombres que formaron parte de ellas. Impulsados por las fuerzas inconscientes del alma colectiva, decían generalmente lo que no querían decir, y votaban lo que no querían votar.

Si las leyes de la psicología colectiva han sido adivinadas instintivamente por algunos hombres de Estado superiores, es preciso observar que la mayoría de los gobiernos las han desconocido y las desconocen todavía. Por haberlas ignorado cayeron tan fácilmente muchos de ellos. Cuando se observa con cuánta facilidad fueron derrotados por un pequeño motín ciertos regímenes, el de Luis Felipe sobre todo, los peligros de la ignorancia de la psicología aparecen con toda claridad. En 1848 el Mariscal que mandaba las tropas, más que suficientes para defender al rey, desde luego ignoraba que desde el momento en que se deja á la multitud mezclarse con las tropas, esta última, paralizada por sugestión y contagio, cesa de desempeñar su papel. Tampoco sabía que siendo la multitud muy sensible al prestigio para obrar sobre ella, es necesario desplegar un gran lujo de fuerzas que ponga á raya las demostraciones hostiles; ignoraba igualmente que los grupos deben de ser dispersados inmediatamente. Todas estas cosas las ha enseñado la experiencia, pero en aquella época no habían sido comprendidas las lecciones. En los momentos de la gran Revolución sospechábase todavía menos de la psicología de las multitudes.

§ 2.—CÓMO LIMITA LAS OSCILACIONES DEL ALMA DE LAS MULTITUDES LA ESTABILIDAD DEL ALMA DE LA RAZA.

En rigor, un pueblo puede ser asimilado á una multitud. Posee ciertos caracteres, pero las oscilaciones de esos caracteres están limitadas por el alma de su raza. Esta última conserva una fijeza desconocida al alma transitoria de una multitud.

Cuando un pueblo posee un alma ancestral estabilizada por un largo pasado, el alma de la multitud está siempre dominada por ella.

Un pueblo difiere además de una multitud en que se compone de una colección de grupos, los cuales tienen cada uno intereses y pasiones diferentes. En una multitud propiamente dicha, una reunión popular, por ejemplo, se encuentran, por el contrario, unidades que pueden pertenecer á categorías desemejantes.

Á veces, un pueblo parece tan móvil como una multitud, pero es preciso no olvidar que tras su movilidad, tras sus entusiasmos, sus violencias y sus destrucciones, persisten instintos conservadores muy tenaces, mantenidos por el alma de la raza. La historia de la Revolución y del siglo que siguió, muestra en qué grado termina de dominar el espíritu conservador al espíritu de destrucción. Más de un régimen derrotado por el pueblo, fué restaurado por él.

No se actúa tan fácilmente sobre el alma de un pueblo, es decir, sobre el alma de una raza, como sobre la de las multitudes. Los medios de acción son indirectos y más lentos (periódicos, conferencias, discursos, libros, etc.). Los elementos de persuasión se refieren siempre á los ya descritos: afirmación, repetición, prestigio y contagio.

El contagio mental puede ganar instantáneamente á todo un pueblo, pero generalmente opera con lentitud, de grupo á grupo. Así se propagó la Reforma en Francia.

Un pueblo es mucho menos excitable que una multitud. Sin embargo, ciertos acontecimientos: insulto nacional, amenaza de invasión, etc., pueden levantarse instantáneamente. Semejante fenó-

meno pudo observarse varias veces durante la Revolución, sobre todo en la época del manifiesto insolente lanzado por el duque de Brunswick. Poco conocía éste de la psicología de nuestra raza al proferir sus amenazas. No sólo perjudicó considerablemente la causa de Luis XVI, sino la suya, porque su intervención hizo surgir un ejército para combatirle.

Esta brusca explosión de los sentimientos de una raza se observa además en todos los pueblos. Napoleón no comprendió la potencia de ellos al invadir España y Rusia. Fácilmente se puede disgregar el alma transitoria de una multitud; pero la impotencia es manifiesta cuando se trata del alma permanente de una raza. El campesino ruso era bien indiferente, bien grosero y limitado; y, sin embargo, á la primer noticia de una invasión transformóse. Se podrá juzgar por este fragmento de una carta de Isabel, esposa del emperador Alejandro I:

«En cuanto Napoleón franqueó nuestras fronteras, fué como si una chispa eléctrica recorriese todo Rusia y si la inmensidad de su recorrido hubiera permitido que en todos los rincones del imperio levantárase un grito de indignación tan terrible que hubiera, creo, repercutido hasta el extremo del Universo. A medida que Napoleón avanza, ese sentimiento crece todavía. Ancianos que perdieron todos sus bienes, ó casi todos, dicen: «Ya encontraremos medios de vida. Todo es preferible á una paz vergonzosa.» Mujeres que tienen á todos los suyos en el ejército, consideran los peligros como cosas secundarias y sólo temen por la paz. Esa paz, que sería el golpe de muerte de Rusia, felizmente no puede pactarse. El emperador no piensa en ello, y aunque quisiera no podría. He aquí el hermoso heroísmo de nuestra posición.»

La emperatriz cita á su madre los dos rasgos siguientes, que dan idea del grado de resistencia del alma de los rusos:

«Habiéndose apoderado los franceses de algunos desgraciados campesinos en Moscou, con el propósito de que militaran en sus filas, para que no pudiesen escapar, marcábanlos en la mano como á los caballos en la yeguada. Uno de ellos preguntó qué significaba la marca, y hubieron de decirle que aquello señalábale como soldado francés. «¡Qué, yo soldado del emperador de los franceses!», exclamó, y en el campo coge el hacha, se corta la mano, y arrojándola á los pies de los asistentes, dice: «¡Tomad, ahí está vuestra marca!»

«En Moscou también, habían cogido los franceses á veinte campesinos, que querían castigar para asustar á los pueblos que se apoderaban de los soldados franceses y hacían la guerra tan bien como los destacamentos de tropas regulares. Los ponen en línea contra un muro y les leen la sentencia en ruso. Se esperaba que imploraran misericordia; pero en lugar de esto se despiden unos de otros y se persignan. Se dispara contra el primero; creíase que los demás, asustados, implorarían gracia y prometerían cambiar de conducta. Se dispara contra el segundo y el tercero, y así sucesivamente hasta los veinte, sin que ni uno sólo intentara pedir *clemencia* al enemigo. Napoleón no tuvo el placer ni una sola vez de profanar en Rusia esta palabra».

Entre las características del alma popular, es preciso mencionar que ha estado en todos los pueblos y en todas las edades saturada de misticismo. El pueblo estará siempre convencido de que seres superiores: divinidades, gobiernos ó grandes hombres, tienen el poder de cambiar las cosas á su gusto. Este aspecto místico provoca en él una intensa necesidad de adorar. Necesita un fetiche: personaje ó doctrina. Por eso, amenazado por la anarquía, pide un Mesías salvador.

Como las multitudes, pero con más lentitud, los pueblos pasan de la adoración al odio. Héroe en tal época, pueden acabar luego bajo sus maldiciones. Esas variaciones de opiniones populares sobre los personajes políticos se observan en todos

los países. La historia de Cromwell constituye un curioso ejemplo (1).

§ 3.—PAPEL DE LOS AGITADORES EN LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS.

Todas las variedades de multitudes, homogéneas ó heterogéneas, asambleas, pueblos, clubs, etcétera, son, y ya lo hemos repetido varias veces, agregados incapaces de unidad y de acción, tanto, que no han encontrado un maestro que les dirigiera.

En otra parte he demostrado, utilizando ciertas experiencias fisiológicas, que el alma colectiva inconsciente de la multitud parece ligada al alma del agitador. Este le da una voluntad única y le impone una obediencia absoluta.

El agitador actúa principalmente sobre la multitud por sugestión. De la manera cómo es provocada ésta, depende su triunfo. Muchas experiencias muestran hasta qué punto es fácil sugestionar á una colectividad (2).

(1) Después de derrotar á una dinastía y de rechazar la corona, fué enterrado como un rey entre los reyes. Dos años más tarde su cuerpo era arrancado de la tumba, y su cabeza, cortada por el verdugo, mostrábase clayada sobre la puerta del Parlamento. No hace mucho le han levantado una estatua. El antiguo anarquista, convertido en autócrata, figura ahora en el panteón de los semidioses.

(2) Entre los numerosos experimentos hechos para probarlo, uno de los más notables fué realizado con los alumnos de su curso por el profesor Glosson, y publicado por la *Revue Scientifique* del 28 de Octubre de 1899:

«Había preparado, dice, una botella llena de agua destilada, cuidadosamente envuelta con algodón y encerrada en una caja. Después de algunas experiencias, manifesté que deseaba darme cuenta de la rapidez con que se difundía un olor en el aire, y supliqué á los asistentes que alzasen la mano apenas notasen el olor... Destapé la botella y vertí el agua sobre el algodón, alejando la cabeza durante la operación; después, con un reloj de segundos, aguardé el resultado... Expliqué que estaba completa-

Según las sugerencias de sus agitadores, la multitud mostraráse tranquila, furiosa, criminal ó heroica. Estas distintas sugerencias podrán á veces presentar un aspecto racional, pero no tendrán más razón que en las apariencias. Siendo una multitud realmente inaccesible á toda razón, las únicas ideas capaces de influirla serán siempre sentimientos evocados bajo forma de imágenes.

La historia de la Revolución muestra en cada página la facilidad con que las multitudes siguen los más contradictorios impulsos de sus diferentes agitadores. Se les vió aplaudir lo mismo á la sazón del triunfo de los girondinos, hebertistas, dantonistas y terroristas, como en sus caídas y fracasos respectivos. Además, puede asegurarse que las multitudes nada comprendieron de estos acontecimientos.

A distancia sólo percíbese confusamente la acción de los agitadores, ya que, generalmente, actúan en la sombra. Para distinguirla claramente se precisa el estudio de los acontecimientos contemporáneos.

Entonces compruébase cuán fácilmente provocan los agitadores los violentos movimientos populares. No nos referimos aquí á las huelgas de carte-

mente seguro de que nadie de los que figuraban en el auditorio habían percibido jamás el olor del compuesto químico que acababa de verter. Al cabo de quince segundos, la mayoría de los que se hallaban delante habían levantado la mano, y en cuarenta segundos el olor se esparció hasta el fondo de la sala por ondas paralelas bastante regulares. Las tres cuartas partes de los asistentes manifestaron percibir el olor. Un mayor número de oyentes hubiera sucumbido indudablemente á la sugestión, si, al cabo de un minuto, no me hubiera visto obligado á suspender la experiencia por desear abandonar la sala algunos de los asistentes situados en los primeros puestos, á causa de hallarse desagradablemente molesto por el olor.

ros y *cheminots*, en las que puede alegarse el descontento de los empleados, sino á sucesos en los que la multitud estaba en absoluto desinteresada. Tal, por ejemplo, el levantamiento popular provocado por algunos agitadores socialistas en el pueblo parisién al siguiente día de la ejecución en España del anarquista Ferrer. El populacho francés no había oído jamás hablar de él. En España, su ejecución pasó casi desapercibida.

En París, la excitación de algunos agitadores bastó para lanzar un verdadero ejército popular contra la Embajada de España, con el propósito de quemarla. Parte de la guarnición tuvo que protegerla. Rechazados con energía, los asaltantes limitáronse á asaltar los comercios y construir algunas barricadas.

Los agitadores dieron en igual circunstancia una nueva prueba de su influencia. Acabando por comprender que incendiar una Embajada extranjera podía ser en extremo peligroso, ordenaron para el siguiente día una manifestación pacífica, y fueron tan fielmente obedecidos como después de haber ordenado un motín violento. Ningún caso muestra mejor el papel de los agitadores y la sumisión de las multitudes.

Los historiadores que, de Michelet á M. Aulard, han representado las multitudes revolucionarias como si hubieran obrado solas y sin jefes, no han conocido su psicología.

CAPÍTULO V

Psicología de las asambleas revolucionarias.

§ 1.—CARACTERES PSICOLÓGICOS DE LAS GRANDES ASAMBLEAS REVOLUCIONARIAS.

Una gran asamblea política, un Parlamento, por ejemplo, es una multitud; pero una multitud á veces de poca actuación, en razón de los sentimientos contrarios de los grupos hostiles de que se compone.

La presencia de esos grupos animados de diversos intereses debe hacer que se considere una asamblea como formada de multitudes heterogéneas superpuestas, obedeciendo cada una á agitadores particulares. La ley de la unidad mental de las multitudes no se manifiesta entonces más que en cada grupo, y sólo á consecuencia de circunstancias excepcionales llegan los grupos diferentes á fusionar su voluntad.

Cada grupo de una asamblea representa un ser único. Los individuos que contribuyen á la formación de este ser, cesan de seguir siendo ellos mismos y votarán sin vacilación contra sus convicciones y sus voluntades. La víspera del día en que había de ser condenado Luis XVI, Vergniaud protestaba indignado contra la idea de que pudiera votar la muerte, y, sin embargo, la votó al siguiente día,